

La visión en el cerro

Alexander Fiallo*

Matías había desaparecido hacía ya dos días.

El camino sinuoso y apenas visible a la débil luz de la luna menguante representaba un verdadero reto para poder avanzar hacia la cima del cerro. En su pecho, María podía sentir el retumbar de su corazón acelerado. La noche la oprimía desde todas direcciones y sus latidos pulsaban contra sus oídos casi a cada paso. Su respiración agitada, su frente empapada en sudor. El viento de la madrugada recorría la ladera del cerro con su frío toque.

Delante de ella, Carlos le indicaba el sendero a seguir. Parecía ver con facilidad la ruta entre las piedras y los arbustos, y tampoco daba la impresión de estar asustado. En verdad María tenía muy poca relación con el chico, más allá de compartir la misma amistad. La noche pasada, Carlos le había dicho a través de un mensaje que sabía el paradero de Matías. El contacto imprevisto de Carlos la había sorprendido en ese momento, pero casi de inmediato recordó que en realidad Carlos era uno de los mejores amigos de Matías. De modo que continuó la charla, excitada al saber que alguien tenía información sobre el chico.

Hacía ya un par de semanas que lo tenía planeado, según decía Carlos, pues había pedido ayuda para ir a por un par de compras de comida enlatada y cosas por el estilo. En lo alto del cerro, le había explicado Carlos, había una vieja casa de adobe, ya abandonada y sucia, repleta de basura vieja y nueva dejada por alguno que otro vagabundo que pasaba por ahí. Ambos chicos llevaban semanas limpiando la choza los fines de semana, les decían a sus madres que trabajarían en un proyecto escolar. Habían sacado viejos periódicos, animales muertos, restos de lo que parecía carne, nidos de pájaros... al final, consiguieron que el lugar quedara limpio, lo suficiente como para vivir humildemente en el interior. María había señalado que sería peligroso vivir así, tan lejos de la gente y sólo. Carlos le contó del perro.

*** Estudiante de la Licenciatura en Letras Hispánicas en el Centro Interdisciplinario de Investigación en Humanidades del Instituto de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Autónoma del Estado de Morelos.**

No podía evitar sentir una terrible sensación en su pecho, como el aviso premonitor de que algo malo pasaría.

Había un perro de esos de raza eléctrica, como solían llamarle las abuelitas, que llevaba un par de años viviendo con el tío del propio Carlos y que, debido a una mudanza inesperada, se había quedado de momento con su familia. Carlos lo llevó a la nueva casa y le había comentado a Matías lo buen protector que era el *can*, así no sólo tendría compañía, sino también quien lo cuidase mientras no hubiera nadie más con él. María no había hecho más preguntas. Aquella mañana en la secundaria, María habló en persona con Carlos, acordaron irse juntos y reunirse con Matías en la casa del cerro, ocultos por el manto de la noche otoñal que ya auguraba el invierno.

Aún con todo y la emoción de ver de nuevo a Matías, no podía evitar sentir una terrible sensación en su pecho, como el aviso premonitor de que algo malo pasaría.

Notaba extraño al propio Carlos. Apenas había dicho palabra cuando, una hora atrás, se habían reunido para empezar el ascenso a través del cerro, dejando atrás poco a poco las rústicas casas que se erigían en su ladera. Juraría haber notado un extraño brillo en su mirada, algo que estribaba entre la locura y la ansiedad.

—Me siento nervioso, eso es todo —contestó cuando María le preguntó si estaba bien—. ¿Te imaginas si su padre se enterara? Mejor hay que apresurarnos y que nadie nos vea.

—Cierto —aceptó con un asentimiento de cabeza.

La explicación le había bastado hacía una hora, pero ahora ya no se sentía tan segura. ¿Había hecho bien Carlos en ayudarle a Matías a escapar de casa? ¿Qué pasaría si los descubrían? Tenía mucho miedo.

—Mejor deberíamos regresar —dijo ella, deteniéndose en medio del camino—. Ya es tarde y aún no llegamos. Mejor volvamos cuando sea de día.

Carlos se detuvo también y se giró para mirarla con el sudor perlándole su ceño fruncido. El chico se restregó los ojos con nerviosismo.

—No podemos volver ahora, María, además, ya no falta mucho. ¿No querías ver a tu novio? —añadió con un temblor impaciente en la voz, apremiándola a continuar. María no estaba segura de querer continuar. —Bueno, vete si quieres, yo seguiré —concluyó con la voz quebrada quizá no sólo por el cansancio y se dio la vuelta para continuar el camino, fiel a su palabra, no sin volver la mirada con ansiedad, como esperando ver que ella le siguiera.

María no quería regresar por la ladera sola y, al ver que Carlos empezaba a perderse entre la noche, siguió sus pa-

sos con los ojos llorosos de miedo. Lamentaba haber tomado la decisión de ir con el chico esa noche.

—Carlos, espérame —llamó con aprensión mientras andaba por donde subió Carlos, pateando de cuando en cuando arbustos secos y pasto hirsuto.

Podía escuchar el andar pesado de Carlos, del que se notaba apenas la sombra de su espalda unos metros más allá.

—Sigue andando, ya casi llegamos —le dijo él, manteniendo todavía el paso.

—¡Pinche Carlos, espérame!

El viento sopló con fuerza y María resbaló con una piedra del sendero, cayendo de bruces contra la tierra, rodando un poco por la ladera. Resopló y pataleó con desesperación, soltando un grito de terror al sentir que caía. En su desesperación, logró dar con un viejo arbusto que la ayudó a sostenerse. Quedó recostada sobre la piedra y la tierra, sucia, empapada de sudor y con los ojos llenos de lágrimas. Sollozó en silencio unos momentos, mientras las cigarras llenaban el aire con su sonido. El viento continuaba soplando y le acariciaba el rostro con la gentileza de una madre, a pesar de que antes la hubiera empujado casi de manera maliciosa. Suspiró, intentando calmarse, pero aún llena de miedo, el corazón empujando con fuerza sus pulmones, cada latido presionando en sus tímpanos.

María se incorporó con cuidado y observó alrededor. Sin señales de otra persona aparte de ella.

En el cielo, un par de tramos eran cubiertos por espesas nubes y los que no, mostraban un cielo cubierto de estrellas, más estrellas de las que podían verse en la ciudad.

Encarar personalmente, sólo y en silencio, la magnitud de los paisajes naturales es una actividad que despierta en el espectador no sólo admiración, sino también un profundo temor a lo desconocido, a la inmensidad de cosas que desconocemos. La magnitud de lo que no hemos visto y lo que jamás habremos de ver es inquietante. ¿Podríamos ser capaces siquiera de encarar todas aquellas cosas y conservar aún la cordura?

María sintió un escalofrío en su espalda y prefirió alejar su mirada del cielo. Avanzó con cuidado extremo por donde había caído, buscando atentamente la marca del sendero que era, en aquél punto, poco más que una débil línea.

Cuando finalmente dio con ella, suspiró con cierto alivio. —Pinche Carlos, le voy a dar en la madre en cuanto lo encuentre, hijo de la chingada —susurró mientras temblaba

de forma incontrolable, en parte quizá por el frío, en parte por el coraje, en parte por el miedo. Avanzó, no supo por cuanto tiempo exactamente, hasta que el sendero dejó de ascender de forma tan pronunciada. A lo lejos, pudo ver una cabaña a oscuras y frente a ella, la silueta de dos chicos, uno frente al otro. María volvió a suspirar con alivio y sonrió con nerviosismo, con el temblor en los labios de aquél que sonríe luego de haber estado tanto tiempo tenso.

Se sintió incluso menos cansada y adolorida. Aún estaba un poco lejos de la casa y prefería no gritar, así que continuó avanzando, algo más rápido que antes. Observó con atención a ambos chicos, intentando distinguirlos con mayor claridad en medio de la noche, pero a falta de más luz que la del cielo estrellado, no había manera de ver a detalle. No obstante, sentía que había algo raro con los chicos, como si...

De entre unos arbustos salió un perro que le ladró a la chica. María gritó asustada por la sorpresa. El perro, parecido a tantos más que ella había visto en la calle a lo largo de su vida, sacudió la cola con entusiasmo y la miró con curiosidad, el hocico húmedo. María sonrió y suspiró con alivio al darse cuenta de que se había espantado por una tontería. Se agachó para acariciar al perro que, a pesar de todo, era bastante más grande que la mayoría de los perros de razas desconocidas y, para más señas, callejeros.

—Así que tú eres el perrito del que hablaba Carlos. Veo que te han alimentado bien, ¿no? —dijo con una sonrisa mientras lo acariciaba.

El perro contestó ladeando la cabeza.

—Bueno, vamos —le ordenó al perro mientras se incorporaba y continuó su camino hacia la cabaña, con el sonido de patas andando tras ella.

Avanzó rápidamente para cubrir la distancia y entrecerró los ojos para ver mejor a los muchachos. Sin embargo, algo le llamó la atención de sus figuras: no se movían. Parecían observar al cielo con atención. ¿Estarían admirados por la belleza del cielo nocturno? A María le parecía extraño que un par de chicos pudieran tomar una actitud tan sensible, pero conforme se acercaba, se daba cuenta de que esa quietud no era sólo admiración por la naturaleza, había algo sobrenatural en ello, en la posición de sus cuerpos, casi como si colgaran, aunque sus pies tocaban el piso.

Llegó a escasos tres metros de distancia de los chicos y caminó aún más lento que antes, con una inquietud que le hacía sudar frío, aunque en su cabeza intentaba decirse que

no había nada malo y que sólo le estarían jugando una broma o algo por el estilo, como era tan habitual en los chicos. —Mati, Carlos, no es chistoso —dijo con la voz quebrada—. Me están asustando.

Pero ninguno de los dos respondió.

María avanzó con cautela hasta que llegó al lado de sus cuerpos, tan quietos y firmes como si fueran los troncos de viejos árboles. Árboles con ojos abiertos de forma inhumana, como mirando al horror mismo, al infierno inimaginable. Sus bocas colgando, como gritos silenciosos. María sollozando observó los rostros de ambos chicos, antes morenos y ahora pálidos y llenos de pavor, como si los horrores de sus muertes les atormentaran aún. Pero en sus ojos se reflejaban las estrellas, tan infinitas, tan abismales, tan desconocidas... En sus ojos se encontraban pozos hacia el infinito. María retrocedió aterrada, chillando como lo haría un ratón. ¿Qué había pasado? Apenas unos minutos antes estaba hablando con Carlos y no había escuchado nada, ni un grito, ni un forcejeo...

De pronto una voz la hizo saltar y chillar de pavor, sus nervios ahora completamente alterados, incapaz de controlar las lágrimas que escapaban de sus ojos. Se dio la vuelta y contempló la figura que se alzaba ante ella, sintiendo que su vejiga se aflojaba.

El perro se había alzado sobre ambas patas y la miraba desde arriba. Estaba erguido, recto y con sus extremidades alargadas de un modo grotesco. Su pelaje parecía demasiado seco, enfermizo, escaso, como el de un cadáver. Era flaco y, a pesar de ello, imponente. Pero no había nada en aquel ser que resultase más aterrador que sus ojos. En sus ojos ya no existía más que una expresión fría, sin brillo. Eran apenas dos puntos negros y vacíos en su antinatural rostro. La suya era una mirada tan penetrante que parecía capaz de atravesar incluso el pensamiento. Incluso sin que nadie se lo dijera, María sabía que sería imposible escapar de ese terrible ser.

—Tranquila. No hay dolor —dijo el ser con una voz cavernosa, ronca, casi como el ladrido de un perro viejo, ancestral, una voz surgida de un tiempo más allá del entendimiento, fuera de lo humano.

Sobre su cabeza, el cielo pareció iluminarse y llenarse de luces extrañas y maravillosas.

—Mira —ordenó el otro perro.

María estaba paralizada de terror y se sentía desfallecer, en su cabeza todo daba vueltas, pero parecía que el abominable ser la mantuviera de pie haciendo uso sólo de

su mirada sin vida en su alargado rostro canino. Como empujada por una fuerza invisible María alzó la vista y vio el viento arremolinándose a su alrededor. Entonces contempló la maravilla, el terror, lo abismal, lo desconocido. Miró directamente hacia el infinito y encaró el horror inimaginable de lo que ningún humano debería ver jamás. Y sus ojos se abrieron tanto que le sangraron los párpados, pero no había dolor, sólo un infinito pavor, un miedo indescriptible.

Con apenas un último ápice de voluntad propia, María acercó sus manos a sus ojos y se los arrancó con un grito de dolor que le desgarró la garganta. Cegada y loca de dolor y terror, corrió hacia la ladera del cerro entre alaridos histéricos y se lanzó para caer rodando hasta que su cuerpo quedó inerte y retorcido sobre las piedras, su boca abierta en una expresión de terror, las cuencas de sus ojos, negras y profundas como pozos, pozos en los que se reflejaban las estrellas.

Un destello cegador cubrió el páramo y el viento barrió la tierra con su soplo frío. La noche quedó en calma. Luego hubo paz.

El paisaje era todo piedras, arbustos y tierra, sólo interrumpido por una vieja choza de adobe, abandonada a su suerte en la ladera del cerro y el cuerpo de una niña, retorcido y sangriento, medio oculto por la maleza unos cuantos metros debajo de la cabaña.

A lo lejos, el viento parecía traer consigo el lejano ladrido de un perro.

El viento parecía traer consigo el lejano ladrido de un perro.